

HISTORIAS DE TAMMERLANE

de Federico Tarántola

presenta...

CONVIVENCIA NEUTRA

Fue años atrás, cuando Roy se paró a orillas del Lago de Tammerlane, y miró hacia el paisaje dibujado frente a sus narices. Realmente, aquello era bello. Realmente bello. La isla, las montañas de alrededor del Pueblo, el verdor de los pinos en primavera. Y la paz del lugar le trajo paz. Se sentía agradecido y orgulloso de aquel horizonte.

Respiró profundamente, se agachó, tomó una roca grisácea y la lanzó al agua a unos dos metros de distancia.

Pidió un deseo. Y fue conocer a la mujer de su vida.

Quince años después, descendió de su coche, cerró las puertas del mismo, y tocó el timbre en la casa de la familia de su ex- mujer.

Encendió un cigarrillo y aguardó.

Oyó unos pasos detrás de la puerta, a distancia.

Chupó el humo, apuntó a un costado y lo largó. Se volvió a la puerta. Realmente lo ponía nervioso llegar a aquella casa, y encontrarse con aquella gente sumergida en esa convivencia extrema, tan neutra como muerta.

Eva, la madre de su ex-mujer, abrió la puerta y lo saludó.

Se trataba de una mujer obesa, con el pelo mal teñido de anaranjado, desarreglado y reseco. Como siempre, lucía una gigantesca pollera que cubría como una manta sus gigantescas caderas. Arrastraba sus pies, y una vez más su cansancio crónico le fue molesto para Roy.

Eva era la típica ama de casa: el pilar proteínico de la familia. Se había casado con su primer novio, y horas después de su noche de bodas, ya estaba en la cocina preparando el primero de los infinitos almuerzos y cenas de la historia de su matrimonio. Y no sólo eso: horas después de jurar amor eterno frente a un cura, estrenaba el televisor, fiel compañero del encierro.

- Vieron en el noticioso el caso de la familia que se volvió loca con los hechizos, y se terminaron matando entre todos? – dijo Eva, años atrás, cuando su hija y aquel muchacho aún eran novios.

- Ay, mamá! Acabala con la televisión! Estás todo el día viendo esa porquería! – se quejó Evangelina, sentada a la mesa mientras mascaba un trozo de milanesa que su propia madre le había cocinado.

- Si no hay nada de malo en eso. – le dijo Roy, intentando calmarla.

El misterioso anciano de la punta de la mesa se puso de pie y dijo...

- “No hay nada de malo en eso”?! – volcó la mesa a un lado y avanzó. – Eso lo decís porque no te toca aguantarte a esta hija de una gran puta!!! Todo

el día con el noticiero, todo el día con el noticiero!!! Vive dándonos recomendaciones a todos, como si nos fuera a pasar algo!

Williams, el hermano menor de Evangelina, entró a la cocina y dio un certero disparo en la nuca del anciano.

- Qué tal Eva? – dijo Roy, como siempre.

- Acá ando. Con calor. – dijo la mujer, como siempre. Eva siempre acompañaba sus estados de ánimo con el clima. Y no había clima que le sentara bien.

Cuando Roy ingresó a la casa, la mujer cerró la puerta y colocó un candado como traba. Hacía veinte años que la cerradura no funcionaba.

- Hoooola!!! – gritó Williams, y alzó los brazos saludando. Siempre se ponía contento con la llegada del que había sido el hombre de su hermana.

Roy le estrechó la mano con un poco de miedo.

Le caía bien, pero lo veía algo peligroso. Williams era el clásico ejemplo del muchacho sereno con cierto síndrome de histeria. Tenía 25 años y estaba cursando la primaria. No era de muchas palabras. Era tonto pero despierto. Y generalmente se lo encontraba leyendo o viendo tele... Hasta que se producían los ataques: esos quiebres trastornados lo llevaban a poner la música al máximo en el inmenso equipo musical de su padre, como a desnudarse para encerrarse en el baño y masturbarse tres veces al hilo, ejercitar con cientos de flexiones, y finalmente salir a la calle a ver lo que podía enfrentar.

Muchos de esos enfrentamientos terminaban dándose en casa.

- Qué mierda hiciste, tarado?! –gritó Eva a su hijo, tras el balazo que Williams le había aplicado al misterioso viejo.

- Pero, mamá! Si viste lo que hizo!! Estaba por pegarle a Roy! – dijo el muchacho de diez años, a los gritos. Alzó su arma, apuntó y disparó a la alacena. –... Y el que me contradiga, que se acerque un paso que le relleno la cabeza con bolas de plomo!!!

Todos los presentes, se tiraron al suelo, entre ellos su propio padre que recién volvía de trabajar.

- Hola, Roy. – saludó don Julián, el padre de Evangelina.

Roy se acercó, y como siempre le palmeó la espalda.

Don Julián se encontraba sentado en una silla del tallercito en el patio, transpirado una roñosa musculosa blanca. En una mano sostenía un soldador eléctrico y con la otra el farol de su taxi.

- Qué cuenta? – dijo Roy, como siempre

- Estoy arreglando esta mierda! Se me cagó de nuevo. Ya es la octava vez en la semana! – explicó el hombre. Sus palabras sonaban como alaridos debido a una creciente sordera propinada por su segundo trabajo: musicalizador de fiestas familiares.

- Por qué no compra uno nuevo? –dijo Roy por decir - ... y se olvida de la historia de siempre. Ese es el mismo farol del año pasado?

Don Julián se quitó los lentes de lectura y se volteó con su silla. Miró detenidamente a Roy, y como un rey en su mansión, entre el desorden de herramientas, cajas, su viejo taxi desvencijado estacionado bajo la galería, y sus ojeras de cansancio de por vida, dijo:

- Vos te creés que yo cago la plata?!

Antes que Williams pudiera atacar a otro familiar, Fernando apareció en escena, e inmediatamente se lanzó a forcejear.

Sonó un disparo, y la bala impactó en la video casetera de don Julián.

El padre pegó un salto, y se dirigió a su hijo con la furia que nunca tuvo.

- Y ahora como mierda grabo las películas que dan en estos días?!

A un lado, en la cocina del desorden, grasa, y luz amarillenta, descansaba un inmenso estante con más de mil películas grabadas de la televisión y el Cable.

Don Julián trabajaba la mayor parte del día como taxista. Entendía por la vida, lo que veía en la calle: que no valía un sólo centavo. Su existencia no era otra cosa que un acto repetitivo de trabajo, dinero, comer, cagar, grabar películas, y dormir, hasta el día que tenga que morir.

- Vos te creés que yo cago la plata?! – dijo el hombre, con ese sentimiento de jefe de la manada y sus quejas lecciones de esfuerzo.

Por suerte, Roy estaba entrenado y sabía cómo evadirlo: simplemente seguir viaje. Y si bien en el camino volvió a sentirse tan afectado como siempre, tan sólo chupó otro poco de humo, y su cigarrillo fue su mejor amigo.

Tomó el pasillo angosto, dejando a sus espaldas a don Julián, el cual volvía a atender el asunto del farol.

Esquivó el lavarropas roto y oxidado de años, salteó la pila de ropa en el piso, se preguntó por aquello que estaba desarmado y tenía muchos tornillos, se detuvo ante un vaso roto y lo puso fuera del alcance de cualquier pie descalzo, continuó, tocó la jaula colgada en la pared con aquel gran pájaro y su montaña de excremento que alcanzaba el techo del recinto, sintió lástima por los dos perros caniches subidos a la vieja mesa y atados con una correa para que no escapen, la pecera vacía donde una vez vivió un clan de hámsteres...

- Una vieja me dijo que para castrar animales sin gastar una moneda, hay que atarles una bandita elástica en los huevos. – comentó Adriano, y se pasó suavemente la mano por el rostro tan desordenado como ido. – La muy puta creía que se les secaban las bolas y se les caían solas como pasas... - y largó una risilla enfermiza.

Adriano se había parado frente a Roy, cortándole el camino, completamente desnudo, sosteniendo un martillo en su mano derecha.

- Hola, Adriano. – saludó al tío de Evangelina. – Todo tranquilo?

Todos estaban acostumbrados a Adriano, el loco de la casa. Siempre se aparecía por sorpresa, siempre estaba desnudo, y siempre llevaba un martillo. Aunque, en otro tiempo había sido una persona más coherente. Coherente hasta que se separó.

La historia de la caída de Adriano se originó casi dos décadas atrás, cuando compartía un matrimonio infeliz viviendo bajo el techo de su hermano Don Julián y familia. Cuando la pareja se disolvió, el hombre comenzó a reaccionar de forma violenta. Para calmarse, comenzó a fumar marihuana, pero aburrido de ella se dedicó a la cocaína. Comenzó a encerrarse en su cuarto, a leer la Biblia constantemente, y se hizo del martillo.

Unos golpecitos sonaron en el techo. Provenían del cuarto de Adriano.

Los que estaban en la cocina levantaron su vista. Luego, retomaron el tema de la video casetera.

- Vas a tener que comprarme una nueva, hijo de puta! – amenazó don Julián a su hijo.

- Y que sea rápido! – acotó Eva. - Porque sin la video no se puede cambiar de canal - y señaló los botones rotos del televisor.

- Vos te callás, carajo! – dijo el jefe de la manada, y se volvió a su hijo. – Y vos me das esa arma!

De repente, unos nuevos martillazos en el techo.

Un silencio general.

Nuevos martillazos.

Entre el silencio se pudo distinguir la risilla jadeante de Adriano.

- Te podés calmar con esa mierda?! – le gritó don Julián al techo.

Hacia tres meses, Adriano se había encerrado en el cuarto del piso de arriba. Cada vez que su masa encefálica lo veía apropiado, martillaba el piso, exactamente a la altura de alguna persona. Si bien acostumbraba a seguir la caminata de Eva, aquella noche apuntaba sus golpecitos a su hermano.

- El hijo de puta dejó de robarme para comprarse cocaína, por esa locura del martillito... - y don Julián se volvió a su hijo. – Dame esa arma que lo voy a cagar a tiros ya mismo!! No lo aguanto más!

- Tendría que haber probado con cortarles las bolas... - dijo Adriano con una sonrisa perdida, relamiéndose los labios, casi sin saber con quien estaba hablando. – Llegué a tener diez peceras llenas de hámsteres, y los hijos de puta garchaban con sus padres, hermanos, hijos, primos. Era repugnante. Incluso algunos llegaron a escaparse de las peceras y se convirtieron en salvajes... las ratas de la casa.

- Ya me contaste. – le sonrió Roy, e intentó seguir viaje.

Pero Adriano le cortó el camino con aire amenazante.

- Lo que no te conté fue cuando empezaron a morirse. – continuó, retomando el tono amable – Supuse que había sido un virus.

- Eso también me lo contaste. – dijo Roy, afectado pero sin demostrarlo, escudándose en una insistente sonrisa (nerviosa), y cigarrillo.

- Lo que no te conté fue la puta de mi mujer que me los había envenenado, para que parezcan enfermos. – y recordó el rostro de su esposa. Colgado en la imagen alzó el martillo.

Repentinamente, una mano tomó a Roy por la cintura, y lo llevó hacia delante, logrando evadir a Adriano.

Roy miró a su salvadora, y le sonrió. La vieja y querida abuela Mirta siempre lo salvaba de muchos de los obstáculos que se le presentaban en aquella casa sin sentido.

- Gracias por el empujón!

- No es nada, nene. Me trajiste un pan?

Roy sacó un pan del bolsillo de su campera de jean, y se lo entregó. Inmediatamente, la anciana le pegó un mordisco, y se guardó el resto en el bolsillo de su camisola.

Dame esa arma que lo voy a cagar a tiros ya mismo!! No lo aguanto más! - había dicho don Julián a su hijo Williams, la noche de la muerte del misterioso anciano. – Porque si va a seguir volviéndose loco, no estoy dispuesto a tolerarlo por más tiempo.

- A la que habría que reventar a tiros es a esa vieja de porquería. – dijo Eva, soltando su violencia habitual de ama de casa resentida en un infierno de cocina y t.v. – Me tiene cansada con los panes que lleva en el bolsillo! Mastica por toda la casa! Llena todo de migas! Y no doy abasto a limpiarlo!!!

- Vos te callás la boca, te dije! – atacó don Julián, nuevamente, y se volvió a su madre. – Qué es lo que dice, mamá? Qué dice de las migas?!

Mientras tanto, cubierto por la mesa, el joven Roy contemplaba la demente escena. A su lado estaba Evangelina, la mujer de su vida. Roy soñaba con rescatarla de allí.

- Revisame! Vas a ver que no tengo ningún pan! – se defendió la abuela.

- Eso es porque me la paso escondiendo la bolsa! La tengo que vigilar que no se agarre ninguno!

Para peor, la abuela dependía de la bolsa que Eva le escondía. Debido a sus problemas con la edad, la pobre no podía salir a la calle como para alcanzar panadería y hacerse de reservas.

- Ahora, cuál es el problema si como pan?! Si se me ocurre darle un mordisco en cualquier momento del día, es porque yo quiero! – y se levantó del suelo donde se había puesto a salvo, para señalar el reloj. – Pero no se preocupen en decirme más nada: mi solución está por llegar.

- Qué solución, puta?! – preguntó Williams, apuntándola con el arma.

- Contraté a un matrimonio de seguridad para ancianos. Los ubiqué por los clasificados del diario.

Un silencio.

- Y cómo tenés planeado pagarles, mamá? – preguntó don Julián.

- Con mi jubilación... - arriesgó ella, angustiada.

- No, no, no! Eso nunca! – se atajó Eva – Acuérdense que su hijo y yo le administramos toda la plata.

- Te acordás de aquella noche que tenían que llegar las personas que me iban a cuidar? – le preguntó la abuela Mirta a Roy. Continuaban camino a la casa, atravesando los últimos tramos del pasillo. - Sabés por qué no aparecieron?... Porque estaban enfermos de cólera. La policía los encontró en la casa, muertos en el comedor, con todos los pisos cagados.

- Pero... cómo... - alcanzó a decir el hombre, extrañado.

- Parece que se enfermaron e hicieron un pacto de amor para morir como dos tórtolos... pero entre la mierda.

Estaban por alcanzar la puerta de la cocina, cuando por ella apareció Fernando, el viejo ex – novio de Evangelina, ahora de nuevo el novio tras la separación con Roy.

- Hola.

- Hola.

Se saludaron secos como siempre. Tanto uno como el otro, había perdido a su mujer por el otro. Evangelina había decidido separarse de Fernando cuando había conocido a Roy, y a su vez había decidido separarse de Roy cuando había re-conocido a Fernando.

Si bien ambos se habían enfrentado en muchas oportunidades, por aquella época se los veía más serenos. Eso fue después del encuentro que tuvieron para dejar las cosas en claro.

- Lo que pasa que Evangelina no piensa en nada ni nadie! Actúa y listo! – se quejó Roy, tras la separación.

- Lo mismo digo. Bah, por lo menos eso me parecía cuando me hizo lo mismo que a vos. – respondió Fernando.

- Por qué tardan tanto? – se preguntó la abuela Mirta, mirando el reloj con impaciencia.

- Porque no van a venir! Y si vienen, no les vamos a dar un centavo. – dijo don Julián, caminando de un lado a otro del comedor, esquivando el cadáver del misterioso anciano.

- Si vienen, los voy a cagar a tiros! – agregó Williams, sacudiendo el arma. – Los voy a matar a miles de tiros... - y se congeló en la televisión.

El resto de los parientes hicieron lo mismo.

En la pantalla, los rayos catódicos dibujaron una atrapante situación. La historia había comenzado cuando el periodista James Alcron, anunció el reportaje despedida del famoso cantautor Rick Matt. Una vez concluido el reportaje, Alcron asesinó de tres disparos en la cara al querido personaje, cumpliendo con la premisa de “último reportaje”. Por ende, el periodista fue condenado a cadena perpetua.

- ... nos informa que el aclamado James Alcron, también conocido como el “Entrevistador Dragón”, se acaba de suicidar en su celda de tres disparos en la nuca, y dos cuchilladas en el torso.

Un silencio general. Todos se miraron entre sí.

Unos martillazos en el techo. Todos miraron al techo.

Un nuevo silencio. Y todos se dispusieron a reanudar la pelea.

Fue cuando el joven Roy se puso de pie con los brazos en alto.

- Terminemos esto de una vez, por favor les pido! Es demasiado!! Y no sería bueno que otro más salga lastimado. Por favor, que se acaben las discusiones...

- Y a vos quién te habló? – preguntó Fernando, volviendo a entrometerse como cada vez que Roy hablaba. – Quién mierda te pidió explicaciones?! Las cosas funcionan así en esta casa! Y vos no vas a venir a alterarlas...

- Sólo quiero paz. Por lo menos por esta noche... No quiero más dramas, más muertes, más tragedias como las de televisión. Es más, soy capaz de ayudarlos a esconder el cadáver... Pero, basta por favor.

Don Julián se acercó intrigado al nervioso muchacho. Se paró frente a sus narices, y dijo salpicando saliva.

- Por qué tanta “paz”, “amor” y “solidaridad”? Qué pasó de malo que todavía no lo sé?

Irónicamente aquello malo era una de las mejores noticias que el amor puede dar cuando es sincero.

- Evangelina está embarazada.

Un silencio.

Un par de martillazos cortitos.

Más silencio.

Entonces Eva se convirtió en abuela, don Julián en abuelo, Williams en tío, la abuela Mirta en bisabuela, Roy en padre, Evangelina en madre, y Fernando en nadie.

- Me las vas a pagar, hijo de puta! – dijo el enemigo de Roy, en otro de sus típicos ataques de celos. Y sintió como definitivamente le habían robado a su mejor chica. – Un día vas a estar de mi lado y vas a saber lo que me hiciste!

Pegó media vuelta y se retiró llorando.

Roy entró a la cocina y se cruzó con Evangelina. Ella también salía.

- Hola. – dijo él.
- Hola. – dijo ella.
- Qué tal?
- Todo bien.
- Te vas?
- Qué te importa?
- Andá a cagar.
- Como digas.

Evangelina se alejó por el pasillo de los millones de objetos.

Roy se volvió a la cocina y se enfrentó al desorden, las botellas vacías, las comidas cocinadas para después, la heladera rota, la heladera nueva, la video rota, la video nueva, y la televisión de siempre, por siempre encendida.

Recordó la vez que la relación con Evangelina empezó a perder el sentido, y se fue a meditar al Lago.

Durante aquella tarde frente a las aguas de Tammerlane, se preguntó para qué carajo había pedido el deseo de conocer “a la mujer de su vida”?: Evangelina era muy inestable e histérica, y su familia era un verdadero desafío a los sentidos.

Pero el deseo de aquella vez, quince años atrás, realmente tenía un sentido. Y el sentido siempre se recobraba cada vez que llegaba a la casa, atravesaba la mugre y los personajes, para encontrarse con esa belleza esperándolo.

- Papá! – dijo la niña de nueve años, surgiendo feliz por una de las puertas de la cocina. Corrió hasta Roy con la mayor de las sonrisas, y le dio un fuerte y dulce abrazo.

Era su hija: nadie más perfecto que ella, poniendo su luz como siempre, en medio de aquella convivencia neutra y un matrimonio que se había perdido en una pelea eterna.

Instantes después, Roy y la niña, se llevaron la casa por delante. Y una vez más salieron a la calle, para irse de picnic junto al Lago de Tammerlane.

- Sabés qué? – dijo el hombre a su hija, ambos sentados bajo la sombra de un árbol. Bebió un sorbo de jugo de naranja, y se volvió al paisaje. – Si bien sufro por no poder sacarte de ese infierno, quiero que sepas que acá estoy, para darte todo, enseñarte todo, y ser el hombre de tu vida. Ahora que lo veo, yo estaba pidiendo por vos, tiempo atrás, frente al Lago. Estaba pidiendo por conocer a mi mujer... - y se detuvo en aquella piedra grisácea a orillas del agua, muy parecida a la que había lanzado en búsqueda de su deseo.

Y no tuvo necesidad de pedir más nada.

FIN